



DIRECTOR:
ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

ADMINISTRACIÓN:
CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.ª

...CON LA REBAJA

Nada, señores, nada; que sigo votando por la paz; como el otro día y como siempre; por la paz... y por la supresión de los Consumos, por de contado.

Adviertan ustedes, y se lo digo porque vale la pena de fijarse en ello, adviertan ustedes que habrá muy pocos españoles en mejores condiciones que yo para echárselas de batalladores y de belicosos con poco riesgo.

¿Qué digo con poco? Sin ningún riesgo absolutamente.

Todavía no soy sexagenario, eso no; pero, ¡caramba!, ando ya muy cerca de serlo. De modo que ni he de ser mozo sorteable en la próxima quinta, ni creo que lo seré en las siguientes. Presumo, y convendrán ustedes conmigo en que lo presumo con fundamento, que aunque movilicen todas las reservas, no ha de alcanzarme movilización alguna.

Esto, por lo que á mi personalidad atañe.

De personas ligadas á mí por lazos de cariño ó por relación de parentesco, solamente añadiré á lo dicho que á pesar de lo que asienta un refrán castellano, ni Dios me ha dado hijos, ni sobrinos el diablo.

Conque, á ver, á ver si hay quien se halle más horro que yo para hacer derroche de esa valentía barata que consiste en vocear mucho y convencer á todos de cuán conveniente es que peleen los otros.

Aquí, en el rincón seguro de mi despacho, muy alejado de *mambises* y sin temor á balas insurrectas ni á rigores de clima inhospitalario, ¡cuán sencilla y cuán fácil sería para mí la tarea de escribir furibundos párrafos, en los cuales, y en nombre del patriotismo y del honor de la bandera y de la integridad de nuestros dominios, excitase los sentimientos belicosos de la juventud y mantuviese la teoría de la guerra y del exterminio!

Está claro que todo el que conociéndome me leyese exclamaría: «Pero ¿se ha vuelto loco El Tío Paco? O

¿qué mala hierba habrá pisado? A bien que como él no ha de batirse, ni ha de exponerse á ser atacado por el vómito, ni por las fiebres, ni por nada, puede hacerse el bravo.»

Sin perjuicio de que si se reunían después media docena de los que así pensaban, conviniesen todos en que los artículos eran muy valientes y muy españoles y muy sensatos.

Porque ¿no lo han notado ustedes? aquí sucede una cosa muy rara y contra la cual no me cansaré nunca de hacer propaganda.

Habla usted con un ciudadano español, con cualquiera (y si es ciudadana, no digo) de las guerras de Cuba y de Filipinas, de lo desastrosas que han sido para el país, de la generación que han inutilizado, y ese ciudadano ó esa ciudadana opinan lo mismo, exactamente lo mismo que usted; que es necesario y además urgente, de urgencia apremiantísima, que esas guerras terminen, como sea; bien, medianamente ó mal; pero pronto, muy pronto; hoy mejor que mañana.

Habla usted en seguida á otro ciudadano, y después á otro, luego á otro, y éste y ese y aquel y el de más allá piensan lo mismo y se expresan de modo idéntico.

Pues bien; se dirige usted después á la colectividad, expone usted lo que todos los elementos de esa colectividad piensan individualmente, y la masa se exaspera y grita y llena á usted de improperios llamándolo mal español y filibustero.

Y no se obstine usted entonces en hacerse oír ni en predicar, porque es predicar en desierto.

Pero, señor, ¿por qué no hemos de decir todos juntos lo que uno por uno separadamente pensamos?

Por mí, vuelvo á decirlo, no por conveniencia propia, pues ya he demostrado que nada personal, ni bueno, ni malo me va en ello, sino porque amo á mis prójimos en general y en particular á mis paisanos (salvo las excepciones que sean de razón), pienso que la guerra es un desastre que nos consume, que nos mata, y que nos aniquilará si no la ponemos término en seguida.

¿Qué?

¿Que soy filibustero diciendo eso?

Pues con igual derecho puedo yo afirmar que son filibusteros los que no lo dicen.

¿Qué?

¿Que el patriotismo impone la obligación de empobrecer el país y destruirlo?

Pues con el mismo derecho y con más lógica puedo yo creer que el patriotismo exige precisamente lo contrario.

¿Que me equivoco?

Pero ¿quién me responde de que no sean los otros los equivocados?

Así lo creo; y como la obligación primera de quien al público se dirige es, á mi modo de ver, la sinceridad, así lo digo:

Procuraremos la paz á toda costa.

No pensaremos en nuevas guerras, y acabemos pronto, y á toda costa, con las antiguas.

El Tío Paco

Nadie las nueva...

A Cánovas (q. e. p. d.) le hubiera venido muy ancha la casaca de D. Marcelo; no hay un sastre en el mundo que se arroje á probar lo contrario.

Pero, con ser eso incontestable, lo es mucho más que á D. Marcelo le vienen anchísimos los procedimientos de Cánovas; y lejos de favorecerle tal holgura, le embaraza y le enreda pies y manos y le roba todo el desahogo.

(Verdad es que, si no, se lo robaría el ministro de Hacienda, que tiene monopolizado el de casi todos los españoles, por no dejar nada libre de su *monopolización*.)

La trágica muerte del presidente dejó mostrencas las poderosas armas que le hicieron terrible paladin. Abandonadas quedaron, y en ellas, como en las de Rolán, leyeron todos los españoles (mayormente los del partido conservador) el mote celebrísimo.

Audaces no faltan, gracias al diablo, en este país de aventureros; y muchos quisieron tomar á pulso las pesadimas armas y esgrimir las en su particular provecho; pero sólo el general consiguió llegar á ellas y poner mano en tan ambicionado tesoro.

Armóse presidente, creyendo, como tantos otros, que basta vestir la toga para ser jurisconsulto, y comenzó el juego.

¿Qué diantres haré yo—pensaría Azcárraga en las soledades de su despacho,—para acreditar me como invencible y demostrar que puedo mover las armas y estar á prueba con el otro?

Cánovas había sostenido á un ministro desafiando mil perturbaciones.

Pues eso le vendría que ni pintado á D. Marcelo.

Y la ocasión se presentó.

«¡Cómo! ¿Desprenderse de Reverter, una de las columnas del ministerio, por una *genialidad* de un obispo? ¡Jamás! Había que imitar á Cánovas, blandir sus armas. Mucho le asustaban á D. Marcelo las cosas de la Iglesia, pero más le asustaba pasar por débil en el ejercicio de sus funciones.»

Y sostuvo á Reverter contra viento y marea.

Pero ¡ay!, que las armas ya le pesan y le rinden el brazo; que se ha metido en un lío *pavoroso*, que no ve

franca la salida; que se le caen las ilusiones una á una, como manzanas podridas (valga la comparación).

Nadie las nueva... Por algo tenían las armas de Cánovas el dichoso motecito.

Azcárraga lo llora con lágrimas como garbanzos.

Y á sus sollozos responden, no los ecos, sino los hipos de sus compañeros.

Ya pone el paio D. José María.

Ya se desata el babero lentamente Tomasín.

Félix de Roncesvalles.

La administración local

EN FILIPINAS (1).

En Filipinas eligen á los administradores de los pueblos *las principales*, es decir, los que ejercen ó han ejercido ciertos cargos y los que pagan de contribución territorial 50 pesos. Designan éstos en el día señalado por el gobernador de la provincia á doce electores y los doce electores á su vez á los que han de componer lo que allí llaman tribunal municipal y aquí llamamos ayuntamiento.

No vaya á creerse que las principales sean árbitras de designar para electores á los vecinos que les merezcan mayor confianza; han de buscar seis entre los que sean ó hayan sido cabezas de barangay por diez años consecutivos, tres entre los que fueron capitanes y tres entre los mayores contribuyentes.

Tampoco vaya á creerse que los 12 electores puedan llevar al Ayuntamiento, ó lo que es lo mismo, al Tribunal municipal, á los hombres que consideren más aptos ó más solícitos por los intereses populares; han de buscar el capitán y sus tenientes entre los cabezas de baranga y que lleven cuatro años en el ejercicio de su cargo y tengan saldadas y corrientes sus cuentas, entre los que lo hayan sido durante seis años sin nota que los desfavorezca, ó entre los que por dos años hayan ocupado el puesto de capitán, de teniente mayor ó de gobernadorcillo. Adviértase que dicen allí *capitán* al que aquí decimos *alcalde*.

Compónese el tribunal municipal de cinco miembros: el capitán y cuatro tenientes; el teniente mayor, el de policía, el de sementeras y el de ganados. Administran por sí los intereses del municipio; sólo para escoger los arbitrios y los impuestos más beneficiosos entre los que la ley se permite, necesita de la asistencia de la principalia. Llama entonces á junta á los 12 electores que lo nombraron y al cura párroco.

Como ve el lector, no puede ser allí la organización municipal más pobre ni la intervención del pueblo más reducida. Al Gobierno de hoy le ha parecido, sin embargo, sobradamente liberal y peligrosa. El capitán, ó lo que es lo mismo, el alcalde, es hoy electivo; por las reformas que acaban de ver la luz en la *Gaceta*, lo nombrará en adelante el gobernador general entre los cinco concejales, y si no ve entre ellos persona apta, entre los vecinos que á su entender puedan mejor desempeñar el cargo.

El capitán cuenta hoy entre sus atribuciones la de inspeccionar las escuelas; por esas malhadadas reformas habrá en adelante de compartirlas con el reverendo cura párroco ó con el *devoto*.

El capitán puede hoy nombrar, suspender y separar á todos los funcionarios y dependientes del Ayunta-

(1) Para que vayan ustedes enterándose de lo que viene á ser las tan decantadas reformas en Filipinas.

miento; en adelante no podrá proveer si no los empleos cuyo haber no exceda de 150 pesos.

Para la provisión de los demás no tendrá si no el derecho de propuesta. El gobernador general aprobará ó desaprobará oída la junta de provincia, lo que el capitán proponga.

¿Quiere ahora saber el lector quiénes habrán de componer la Junta de provincia? La habrán de componer el gobernador, el promotor fiscal, el administrador de Hacienda pública, el párroco de la cabecera, uno de los vicarios u otro párroco que el gobernador general designe á propuesta del obispo, el médico titular, tres vecinos de la capital sorteados entre los doce mayores contribuyentes, y dos que el gobernador general nombre entre los que en la provincia tengan su domicilio.

Ese es el liberalismo de nuestros sabios gobernantes; esa la satisfacción que se da á las justas quejas de los filipinos; ese el modo de ahogar el fuego de la insurrección, allí aún vivo, y muy susceptible de revivir cuando ya muerto. ¿Será posible que á todas nuestras desventuras se añada la de vernos regidos por gentes tan ineptas?

¡Leña!

Del árbol caído... todo el mundo hace astillas.

Ese es un *dicho* que estará muy bien dicho para quien lo haya dicho; pero que merece un distingio, como dicen los teólogos.

Si el árbol caído es de buena madera, no hacen de él astillas, sino muebles y objetos valiosos.

Si es de mala madera, entonces sí que hacen de él astillas, y con muy buen acuerdo le destinan al fuego.

Si. El señor ministro de Hacienda es árbol caído, y caído por fulminante rayo de excomunión que le ha dejado completamente chamuscado y ardiendo en vida.

La madera de ese árbol, digan lo que quieran los señores ministeriales, no es de las mejores.

Después de todo, resulta que los primeros que han hecho astillas del Sr. Navarro han sido sus mismos compañeros de Gabinete y en pleno Consejo de ministros.

¡Y cómo manejó el hacha el Sr. Tejada de Valdósera!

Cuando Castellano, movido á compasión, hubo de intervenir y hasta detener el brazo del que, olvidándose de la Gracia, se iba cegando en la Justicia...

Pues tan fresco quedó el caído, que á la salida del Consejo se permitió sus *chirigotas* y todo.

Hasta me han asegurado que felicitó al conde y le ofreció enviarle las primeras liebres que en la próxima partida de caza cobrase.

Que la prensa, después, haya seguido y siga haciendo astillas, nada tiene de particular; cumple con su deber.

Y lo cumple á medias, porque... no puede cumplirlo á su satisfacción.

Pero lo del baturro ante el Cristo: «tú ya me entiendes.»

Sale á relucir de nuevo lo del monopolio del petróleo, las curiosidades ocurridas en la subasta, el fracaso de ésta, y como colilla sustanciosa se añade: «Por esta vez no ha sido posible que el plan siguiera adelante.»

Se comenta la resolución del famoso expediente denominado de las Monjas de Vallecás, y se demuestra que el ministro excomulgado declara que no procede la ejecución de la sentencia en aquél recaída, incurriendo en responsabilidad civil y criminal.

Se trata del arriendo del cobro de contribuciones en Valencia y de adjudicar dicho servicio á casi improvisado Banco rural; fracasa el proyecto á causa del clamoreo levantado, y hay que oír los comentarios del fracaso. *Unos*, que el Sr. Navarro se ha visto obligado por las circunstancias y por sucesos recientemente ocurridos y muy comentados por todo el mundo, á no admitir las proposiciones del hasta ahora ignorado Banco. *Y otros*: «sospechamos que el ministro de Hacienda se va á llevar un nuevo y grande disgusto.

(Con esto último no estoy muy conforme. ¡Chuparse disgustos Juanito!... No le conocen. Los da, pero no los toma.)

Se habla del concurso para la adquisición de terrenos con destino á la construcción de una nueva Fábrica de Tabacos en la ciudad del Turia y... no quieran ustedes saber qué de reticencias, comentarios y *calem-bourgs* se propalan.

¡Conque... hacer astillas de?...

¡Quién sabe, quién sabe todavía si ofrecerá aun otras sorpresas el ministro réprobo!

Hasta los artistas callejeros cantan ya sus glorias en seguidillas y tangos, y aseguran que Lucifer le confiará en sus dominios el mismísimo cargo que en los de acá ejerce.

A mí lo que no me cabe en el pisc último es que los periódicos ministeriales, católicos, apostólicos y romanos *ellos*, defiendan con tanto ardor á un excomulgado.

Y hasta tengo mis dudas de si al defenderle y apadrinarle incurren también en excomunión.

Lo consultaré con El Tío Paco, que está muy ducho en esas materias.

En el interin, como dice un académico de la lengua y puesto que arrecia el fresco, permitanme gritar:

¡Vengan astillas!

El Tío Pepe.

Merodeo.

No hay que decir que todos los periódicos hablan del *ultimatum*.

Los ministeriales dicen que no hay tal documento ni tales calabazas, y que están locos ó poco menos los que aseguren lo contrario.

Los de la oposición juran que la *terrible* nota está ya en manos del duque.

Y yo, lector, estoy ayuno de opinión en este caso.

Por lo cual dejo la palabra á mis colegas.

El Día:

«Si cuando nuestros cañoneros de guerra cogieron algún barco filibustero en el momento de ejercer su ilícita industria en las costas de Cuba le hubieran echado á pique, castigando, como lo merecían, á los expedicionarios que violaron las reglas del derecho de gentes y los pactos internacionales, seguramente que más correcta y más leal hubiera sido la conducta de los Gobiernos de los Estados Unidos.

Una acción más enérgica de nuestra marina militar, unas cuantas notas bien redactadas por nuestro ministro en Washington, y la gran república se abstendría de meterse en donde nadie la llama y de atizar y alimentar una guerra que *tanto perjudica á su comercio*; eso, una mejor dirección en el empleo de la fuerza armada contra los insurrectos y una política fija acomodada á las circunstancias y condiciones del país, hubieran bastado y sobrado, no sólo para conseguir la paz

material y moral en la grande Antilla, sino para evitarnos que los *jingoes* de la Casa Blanca vengan expresamente á dictarnos condiciones que España entera, ya que no el Gobierno, rechaza indignada.»

¿Está usted seguro de lo que dice?

Bueno; pues yo aguardo á ver esa indignación traducida en hechos.

Eso me parece lo más prudente. Y por supuesto, lo más juicioso y lo más razonable, espera á saber si hay motivo para ello.

El Liberal:

«Lo único aceptable es el compromiso formal, por parte de los Estados Unidos, de no facilitar armas, víveres y municiones á los insurrectos. En todo lo demás, no tenemos por qué admitir el concurso de nadie, ni por qué someternos á otra fiscalización que la de la propia conciencia, inspirada en los principios del derecho natural y del derecho público.

Nada más lejos de nuestro ánimo que las arrogancias baldías y que las irreflexivas provocaciones.

Dos cosas deseamos con igual patriótico anhelo: que tenga rápido y honroso término la campaña de Cuba y que no haya motivo racional ni ocasión forzosa para una guerra con los Estados Unidos. A procurar lo uno y lo otro hemos consagrado todos nuestros escasos medios y resueltos estamos á continuar haciéndolo en mejor servicio de la patria.

Entendemos, no obstante, que no puede someterse á ciertas pruebas ni consentir en determinadas renunciaciones un pueblo que aspire á conservar su historia.»

Belicosillos andamos.

Quiera Dios que no se nos caiga el sombrero á los pies.

Por subirsenos la sangre á la cabeza.

El Globo:

«El Gobierno americano ha organizado una escuadra que, en aguas de la Florida, puede decirse que está en Cuba, puesto que, con cuatro ó seis horas de navegación, se salva la distancia. Mientras llega el momento de aumentar esa escuadra se ocupa en organizar militarmente parte de la marina mercante.

¿Y nuestro Gobierno? Ha trabajado sin descanso para conseguir la reconciliación con Silvela. Ha dejado que Weyler continúe enterrando infructuosamente la juventud española. Ha sido excomulgado uno de los ministros. Ha reunido una escuadra en Lisboa...

En fin; no ha perdido el tiempo.»

Pues mire usted; el tiempo es lo único que le queda que perder.

El Correo:

«Con todo esto nos parece inverosímil que haya *ultimatum*, y menos que se fije el término perentorio de que se habla.

Los Estados Unidos indudablemente desean que se acabe pronto la guerra, porque padecen mucho con el presente estado de cosas sus intereses comerciales; y probablemente, además, considerarán que para alcanzar la paz debe concederse á Cuba el régimen autónomo, como ya se indicaba en la famosa nota de mister Olney, causa verdadera del decreto de reformas del Sr. Cánovas.

Pero dudamos que la misión de Mr. Woodford sea tan apremiante y brusca como indican los correspondientes.»

Vamos, ahí se ven las canas de Ferreras.

Y nos dan confianza. Estas cuestiones son para tratadas por hombres prudentes y hechos.

No por Castellanos.

El Tiempo se ocupa en otra cuestión, interesante también.

De los intermediarios.

Y dice:

«Cada Ayuntamiento, cada particular, cada cabildo catedral, cada corporación que tiene pendientes de despacho asuntos en las oficinas públicas, encuentra á mano un intermediario que se ofrece, por una módica cantidad, que luego suele convertirse en un tanto por ciento, á dejar arreglados satisfactoriamente todos los negocios, siendo usual que las máquinas administrativas estén montadas de tal suerte, que marche mal, torcido y despacio lo que no vaya pedido por esas *providencias intermedias* que todo lo facilitan, que en todas partes tienen influencia, que conocen perfectamente dónde asusta poco descontar un tanto de los pagos, y que, al favorecer sus propios intereses, contribuyen á hacer crecer el número de los cohechos y la desmoralización y el descrédito de la Administración pública.

Oficina hay donde los acreedores no pueden percibir lo que legítimamente se les debe sin dejar el 20 por 100 de sus créditos, y los intermediarios secretos que en estos asuntos tratan, deslizan entre los explotados la idea—acaso calumniosa—de que una buena parte de ese 20 por 100 va á aumentar los emolumentos de elevados funcionarios y hasta de personajes de la política.»

La idea será muy calumniosa.

Pero, vive Dios, que no lo parece.

Si acercásemos la nariz á ciertos palacios, el olor á cueva de ladrones nos tiraría de espaldas.

Y lo peor es que, como ha dicho el maestro,

«...con los cantares impuros
de ramerías y bandidos,
salen también confundidos
de los hondos calabozos
desgarradores sollozos
y penetrantes quejidos.»

Y perdonen ustedes lo lúgubre de la cita.

De El Correo Español:

«Pero la confusión de lenguas no existe sólo en el partido conservador; esa Babel de que habla en el número de hoy *El Imparcial*, está haciendo estragos igualmente en las filas del fusionismo; descontando los liberales de escalera abajo, los que ven en el fondo de todas las cuestiones, y en la esencia de todo cambio político la credencial que les saca de apuros, ó la subvención que mejora sus fortunas, entre los demás, el ojo menos experto no puede descubrir otra cosa que vacilación, la duda y el recelo engendrados por el temor que inspira la herencia que se les viene á las manos; y los que en Junio, viviendo Cánovas del Castillo, pusieron en movimiento al país con la prosa de su *Manifiesto*; los que entonces afirmaban que la prudencia debía consistir en sobrepujar con la energía de la voluntad la intensidad de los peligros; los que entonces decían que con la rápida y enérgica aplicación de sus principios y medios de gobierno podría detenerse el curso de los males de la patria y acercarla á la pacificación de sus colonias, todos esos ministros, que apenas si en otras ocasiones pudieron dar paz á la lengua, callan como si realmente fueran mudos; no se atreven

Melodías políticas.



I
La música de mañana,
á cuyo sonido, todo
se alegrará de igual modo,
será la republicana.

á alzar la voz, no exponen sus propósitos, ni renuevan sus esperanzas, ni reproducen sus solicitudes...»

Eso de que callan es inexacto, amigo.

Sólo en rectificar malas noticias emplearían cien lenguas si las tuvieran.

Reverterías.

¡Navarorreverter! ¡Navarorreverter! ¡Navarorreverter!

Y luego, como lleva un apellido tan cuajado de erres, lo tiene á uno sordo el señor ministro de Hacienda.

Navarorreverter y los petróleos.

Navarorreverter y las monjas.

Navarorreverter y Nuestra Señora de Lluch.

Navarorreverter y el «acabóse» de la Hacienda.

Navarorreverter y la venta de montes públicos.

Y siempre erre que erre.

Ese señor ministro es el ministro más estrepitoso y más sonado que tuvo España desde que se estilan calamidades parecidas.

El Sr. Navarorreverter tiene «embargada la atención pública», y ya nadie se ocupa en otra cosa que no sea en averiguar lo que dice, lo que piensa y lo que dirá y lo que pensará el gran alborotador de todos los españoles.

Esto es abusar del ruido y de las erres del nombre.

El último Consejo de ministros celebrado tuvo sobre acuas á todo bicho viviente.

Quién decía que Navarorreverter iba á realizar un acto solemnísimo.

Que presentaba su dimisión.

Pero como es un acto serio, sumamente serio y doloroso, el abandonar una cartera, Navarorreverter no dimitió ni pensó en dimitir.

El ministro de Hacienda, en eso de las dimisiones, á Fabié se atiene.

El Sr. Navarro, que es un ministro festivo, se burló antes y después del Consejo de la noticia de su dimisión.

—Eso no pasa de ser una falsa alarma — diría el ministro. — Y, efectivamente, no pasó de alarma, porque todo el mundo se alarmó cuando corrió la noticia. ¿Se hunde el mundo? se preguntó la gente, porque la gente no cree en la dimisión de Navarro sino previo el desquiciamiento de todo lo existente.

El ministro continúa en su poltrona y continuará hasta que le sea materialmente imposible conservar el puesto.

Por algo es conservador el ministro de las erres.

No contento con estar siempre en danza en el «estadio» de la política, también se mete en el de la correspondencia y rectifica á *El Movimiento* en los siguientes términos:

«*El Movimiento Católico* da una lección de derecho canónico al señor ministro de Gracia y Justicia.

Hemos oído asegurar á persona bien informada, que éste la agradece, pues siempre es de agradecer el recibir lecciones aunque vayan acompañadas de dictorios. Pero lo que habría de probar el mencionado periódico para que aquella fuese procedente, es la certeza de su imputación al poner en labios del ministro las afirmaciones que condena.

Por esto, y con presencia de casos análogos y repetidos, bueno sería, según la misma persona — y esto lo aplica á *El Correo Español*, — no hacer responsable á dicho señor ministro ni á ninguno otro sino de aquello que directa y respectivamente se les oiga afirmar. Y de seguro que nadie habrá oído al señor conde de Tejada los conceptos tan injustamente impugnados.»

¡Qué modosito es D. Juan, y al propio tiempo qué chinitas le tira á *El Movimiento*!

«Agradece la lección...»

«Aunque vaya en compañía de algunos dictorios...»

Descuidese el colega, y verá lo que es bueno si don Juan Navarorreverter le contesta en quintillas algún día.

Tomás Carretero.

¡Ser originales!...

Los hombres de genio van cayendo en el olvido y cediendo la hegemonía á los hombres originales.

Un distinguido periodista de allende los Pirineos ha publicado un artículo en donde explica los medios que debe emplear el joven que quiere labrarse pronto en París una reputación literaria.

Según el articulista, la *originalidad* es la madre del *cordeiro*; es decir, del prestigio artístico.

La sociedad moderna, tan impresionable, tan casquivana, bosteza aburrida cuando oye hablar á sus verdaderos sabios; el periódico, que compendia en sus columnas los ecos del mundo, ha reemplazado al libro; la cátedra del Ateneo, en donde un orador barbilindo desflora atropelladamente cuestiones que acaso mereciesen explicaciones prolijas, ha sustituido á la cátedra de la Universidad; el café ha hecho olvidar el gabinete de estudio; ahora imperan los sabios de pacotilla ó *traducidos*, los políticos de á real y medio el ejemplar, los eruditos á la violeta, y la nota sobresaliente de esa turbamulta de caballeros desprovistos de méritos reales, lo que les ocupa y sostiene como los corchos á los malos nadadores, es los originales.

¡Ser originales!... Tal es su objetivo supremo, aunque su originalidad sea una estupidez indiscutible.

Es muy difícil conquistar una reputación tan duradera, tan sólida, como la de Valera ó Menéndez Pelayo; mientras que para llamar la atención, andando por la calle sin sombrero y llevando el gabán al revés ó los pantalones á media pantorrilla, basta ser despreocupado y salir al encuentro de la rechifla pública con una cargada de descoco.

El mundo comedia es, dijo el poeta, y los individuos ganosos de representar en la gran comedia humana un papel importante, procuran exhibirse con apariencias extravagantes que disimulen el raquitismo de su ingenio. Al verles aparecer de súbito, charlatanes ó mordaces, pendencieros ó ridículos, semejantes á espantos vivientes que bullen un momento y luego desaparecen en el piélago de la vulgaridad, unos, los menos, se encogen de hombros, diciendo: — ¡Es un chifladol... Otros creen que es un genio caótico no comprendido, que lleva, como Colón, un novísimo mundo entre las cejas.

El articulista francés agota la cuestión.

El escritor que quiere sobresalir en seguida — dice — ha de tener *apariencias* propias; el fondo es lo de menos; observará una conducta *sui generis*; ó muy amable, para captarse las simpatías con su afabilidad, ó, por el contrario, se mostrará duro, agrio, intratable,

imponiéndose por la misma dureza de su genio. Además, el artista debe usar un peinado especial, exclusivamente suyo, y tener un zapatero y un sastre que siempre le calcen y le vistan de igual modo, para que su figura sea la misma; una figura chocante, *original*, que obligue á los transeúntes á volver la cabeza...

Estos sencillísimos consejos sólo se le podían ocurrir á un escritor parisino.

Glissez messieurs, n'appuyez pas... dice un proverbio francés, que, traducido libremente al romance, significa: no profundicéis, caballeros, quedaos en la superficie... Ciertamente, la gloria que por estos medios se consigue es efímera, pero también muy asequible.

El prurito de la originalidad se ha extendido rápidamente, dejando de ser una dolencia exclusiva de los artistas y de la gente de pluma.

Los aristócratas franceses ya empiezan á preocuparse de estas nimiedades de la indumentaria masculina. Refiere un periódico que hace pocos días la Junta directiva del *Golf-Club* (como si dijéramos, el *club* de los *golfs*... aristócratas, por supuesto), que preside el gran duque Miguel de Rusia, celebró un baile al que asistieron los señores socios con calzón corto de fino paño negro, medias negras de seda, escarpines de charol adornados con hebillitas de plata oxidada, corbata y chaleco blancos y fracs con cuello, solapas y carteras en las mangas de *moaré* encarnado. Hechos, en fin, unas peritas en dulce.

La *originalidad* es una especie de locura, una monomanía *fin de siglo*, y los atacados de este delirio se cuentan á cientos. En París vive un literato conocido por el pseudónimo de Sar Peladan, que últimamente se presentó á dar una conferencia con medias blancas de seda, calzón corto de raso negro, chaleco amarillo y frac negro; siendo lo más extraordinario que aquel extrambótico atavío mereció los calurosos aplausos del público.

Escribía Pereda que yendo á la moda una mujer va muy á gusto, aunque lleve á cuestas á un borrego...

Si seguimos como vamos, pronto podrá decirse otro tanto de los hombres.

Eduardo Zamacois.

CUATRO FRESCAS

Con motivo de un suceso de resonancia, ocurrido, hace algunos días, en la plaza de la Cebada, aun siguen algunos diarios de provincias hablando del DOBLE CRIMEN.

Pero vamos á ver, ¿el suicidio es crimen?

Que lo diga Tejada de Valdamera.

Si quiere.

Y si lo sabe.

Pero aunque lo sea (que si debe de serlo, aunque sin pena en los Códigos de por acá), también es crimen de lesa gramática y aun de lesa sentido común llamar *doble crimen* á dos crímenes.

Tan impropio me parece esto cuanto me lo parecería decir de un padre que tenía un *doble hijo*, porque tuviera *dos hijos*; ó llamar *doble ministro* á Castellano y á Tejada de Valdamera, que son dos ministros, aunque sólo representan uno... pero no doble sino sencillo.

Han comenzado ya las ferias de San Mateo.

Con este motivo los viejos andan diciendo pestes de nuestra época.

El bibliófilo afirma que ya no se tropieza con un libro curioso.

El goloso dice que no valen nada los melocotones.

De los libros no sé si será justo lo que dicen.

Pero en eso de los melocotones estoy de acuerdo.

Cuando solamente se comían en tiempo de feria eran un manjar delicioso.

Ahora no hay quien los coma en ningún tiempo.

Aunque los tiene á la vista en las fruterías.

Eso hemos ganado.

Emilio Mario, al despedirse del inteligente público de Santander, que le ha colmado de aplausos (y ha hecho perfectamente), tuvo la buena idea de hacer una función á beneficio del *Sanatorio Militar*; *La Voz Cantabria*, diario de aquella población, al hacer la reseña del espectáculo dice:

«Las butacas, en una buena parte, estaban ocupadas; las galerías altas más ocupadas aún; pero otras localidades de preferencia, palcos principales y plateas, estaban abandonadas.

¿Cómo ha de ser...!

Se trataba del Sanatorio, se trataba de los soldados, y por sensible que nos sea, consignamos este hecho, positivamente cierto.»

Estoy impaciente ya por recibir el número de *La Voz Cantabria* de mañana, en el cual tengo seguridad de leer esta aclaración:

«Las localidades de preferencia, los palcos principales y plateas á que me refería ayer, estaban en efecto desocupadas; porque las personas adineradas que los habían adquirido no pudieron asistir á la función; pero el *Sanatorio Militar* recibió el importe íntegro de esas localidades, que las personas aludidas se habían apresurado á comprar.»

Ya verán ustedes como acierto.

Habla *El Liberal* de varias desgracias ocurridas anteayer en la calle de Espoz y Mina por la caída de un andamio y dice:

«Creemos que ya es hora de que las autoridades se preocupen seriamente de estos desgraciados accidentes, y como se hace en otros países, ejerzan severísima inspección á fin de evitarlos.»

¿Ta day! Y con qué sensiblerías se nos descuelga el compañero.

¿Qué les importa á las autoridades de esos accidentes?

¿Se realiza la conciliación, ó no se realiza?

¿Cuándo regresa la corte?

¿Habrá crisis?

¿Cambiará la política?

Eso es lo que natural y legítimamente preocupa á nuestros personajes, ejerzan autoridad ó no la ejerzan.

Que se rompa una sogá de esparto y se cae un andamio, y eso, ¿á quién interesa?

Ningún hombre serio y que se estime piensa ya en esas niñerías.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

A. A.—Guadalajara.—Con recibo pagó suscripción P. y A.
E. D.—Masnou.—Estamos conformes: haga pago á H. A., de Mataró.

V. VELA, impresor, Conchas, 4, Madrid.

ESPECTÁCULOS

PARA HOY 24.

APOLO.—8 1/2.—Las bravías.—
Vía libre.—Agua, azucarillos y
aguardiente.—Fotografías ani-
madas.
ESLAVA.—8 1/2.—Los Puritanos.
—El gran pensamiento.—La
marcha de Cádiz.—El pobre dia-
blo.
LARA.—8 1/2.—7.º de abono.—
Turno 1.º impar.—Ecurrir el
bulto.—A caza de novios.—El
padrón municipal.—Segundo
acto.
ROMEA.—8 1/2.—Colegio de seño-
ritas.—Charivari.—Los coraceros.
Los currinches.

Balneario de San Felipe Neri

HILERAS, 4, MADRID

Aplicación del agua á todas temperaturas y formas. Espacio-
sos y elegantes gabinetes para los baños de agua, así de lim-
pieza y recreo, como para los minero-medicinales de todas cla-
ses, particularmente los SULFUROSOS, primer establecimiento
que los ha administrado en Madrid.—SALÓN HIDROTERAPI-
CO, con los más modernos aparatos para la administración de
toda clase de DUCHAS.—BAÑOS RUSOS simples y compuestos.

Servicio permanente á domicilio.

DISPONIBLE

EL PROCURADOR YER-
BABUENA (*Reverso de
una medalla*). Novela escrita
por el Conde de las Navas, é
ilustrada por los Sres. Gili y
Roig.—Volumen décimo de la
colección elzevir ilustrada.—
2 pesetas.

BIARRITZ Y SUS CER-
CANIAS, por P. Millán.
—4 pesetas.

POESIAS de M. Morera y
Galicia, con prólogo de
Valbuena.—Séptimo volumen
de la colección *Elzevir* ilus-
trada. Ilustración de Gili y
Roig.—Precio, 2 pesetas.

LUCHA EXTRAÑA, novela
originalísima de Luis Ló-
pez Ballesteros.—3 pesetas.

DISPONIBLE

EL TÍO PACO

DIARIO HUMORÍSTICO CON CARICATURAS

ADMINISTRACIÓN: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.º MADRID

Este diario, único en España en su clase, se publicará todos los días menos los do-
mingos.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

En Madrid, un mes.	1	peseta.
En provincias, trimestre.	4	»
En Ultramar, un año	30	»
En Portugal, trimestre.	6	»
En el Extranjero, un año.	25	»

VENTA.—A corresponsales y vendedores, veinticinco números, 75 céntimos.

Número del día, cinco céntimos.—Número atrasado, quince céntimos.

ANUNCIOS á precios convencionales.

PAGO ADELANTADO